

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

LA LOCURA DE MI AMIGO.

Tengo yo un amigo, que fuera de que suele pegarle á su mujer cada paliza que tiembla el misterio y de que suele hacer préstamos al mil por ciento y de que suele no dejar honra sana con su lengua de hacha, por lo demás es un excelente sujeto, muy corriente y sobre todo muy ilustrado.

Sosteniendo dias pasados con ese amigo una de esas conversaciones, con que aseguran que se mata el tiempo, decíame:

—Yo no puedo creer lo que nos cuentan los curas de que Dios lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo, hasta el extremo de vigilar desde el fondo de la eternidad todas nuestras acciones para darles su premio ó su castigo.

Contestacion, mia. Algo de eso me pasa á mí, pero no con Dios sino con el relojero de la esquina.

—Hombre, eso si que es raro.

—Lo que V. oye: se me ha metido en la cabeza que el infeliz, creyendo tener buenos ojos, buen oído, buenas manos y muy buena inteligencia para su oficio, ni ve, ni oye, ni sabe una palabra de lo que se hace.

—¿Cómo puede ser eso? me replicó sorprendido; ¡pues si precisamente acaba de arreglarme este reloj! añadió sacando del bolsillo un magnífico cronómetro, que como V. vé, es una soberbia pieza, bonita y bien construida y que no solo señala las horas sino que además señala los dias del mes, los meses del año, los cuartos de luna y las cuatro estaciones, amén de una preciosa sonata de música que repite cada vez que se toca cierto muelle.

—Si señor: contesté yo; comprendo que el reloj es muy bonito, que está muy bien construido, que su mecanismo es ingeniosísimo, que es muy linda la música que toca y todo lo que V. quiera, pero ni por esas me convence V. de que el autor de ese reloj no sea ciego, sordo y man-

co y que por añadidura no entienda ni una palabra de relojería.

—Pero hombre, no sea V. bárbaro, gritaba ya cargado mi buen amigo ¿Cómo quiere V. que un ciego haya podido dibujar cosa tan linda, que un sordo haya podido inventar música tan agradable, y que un torpe sin inteligencia ni poder haya podido combinar tanta rueda, tanto muelle, tanto engranaje y tanta diablura? Ó V. está loco, ó se burla de mí.

—Ni estoy loco, ni me burlo de V., querido mio, le repliqué con gran calma, antes por el contrario, discurro tan sábiamente, como V. discurría hace poco.

—¿Cómo yo?

—Si señor, V. ha empezado por decirme hace un momento que no podía creer de ningun modo que Dios viese, oyese y combinase todas las cosas por medio de su sábia providencia, y yo siguiendo la doctrina de V., digo lo mismo de mi vecino el relojero.

—Está bien, contestó mi amigo un poquillo turbado, presintiendo á donde yo iba á parar, pero tenga V. en cuenta, que V. lleva su terquedad hasta un extremo muy ridículo, pues cuando se tiene delante una obra maestra como la que yo pongo ante su vista, á no haber perdido el juicio, nadie se atreve á decir como V. que esa obra la hizo un tonto, manco, sordo y ciego.

—Pues si eso es así, le contesté yo; si es necesario estar loco para sostener que sin inteligencia, sin vista y sin oído, puede construirse un reloj que señala las horas, los dias y las estaciones ¿Cree V. desdichado que estará en su razon el que afirme que no ha sido preciso oído, vista, poder ni entendimiento para construir este gran reloj que se llama el mundo, que no señala las estaciones, sino que las produce, y que no señala los dias, sino que los hace?

¿Si el que construyó el reloj de V. no pudo menos de tener ojos, el que construyó el ojo, puede suponerse que estuviese ciego? ¿Si el que organizó las ruedas de ese cronómetro, no

pudo hacerlo sin inteligencia, el que hizo la inteligencia le parece á V. que careciese de ella? Y ahora bien amigo mio ¿quién será más loco, V. que dice que Dios ni vé, ni oye, ni sabe lo que pasa en el mundo, ó yo que digo que el relojero de la esquina no tiene ojos, ni manos, ni oídos, ni entiende de relojería?

Aquí mi interlocutor perdió los estribos y no sabiendo por donde tirar, hizo lo que en tales casos suelen hacer muchos que se dicen sábios: empinarse sobre su propia ignorancia y amontonar palabras huecas que ni las entiende quien las oye, ni quien las dice.

—V. no cuenta, replicó, con las fuerzas físicas, las leyes de la naturaleza, las...

—¿Qué fuerzas, ni qué leyes, ni qué caracoles? le interrumpí: todo eso son palabras y nada más. Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, el que hizo el ojo ¿pudo estar ciego? Si el que construyó la máquina, necesitó tener inteligencia ¿El que hizo la inteligencia, pudo carecer de ella?

¡Ah filósofos pedantes! ¡Ah sábios majaderos! ¿De qué os sirve llenar tantos libros de palabras huecas, si cuando llega la hora de discurrir sobre la cosa más sencilla y más natural del mundo, la echais á perder y lo haceis peor que el más humilde labriego? Eso quisiérais vosotros que Dios no os viese. Señal de que lo que haceis no es para visto. Si por el contrario, vuestra vida fuese pura, no pasarais el tiempo inventando argumentos para negarle la vista á Dios, si no que tendríais gran interés en concedérsela muy larga y perpicaz para que no se le pasasen por alto vuestros sacrificios. ¡Desdichados! Si aquí hay algún ciego, sois vosotros.

Después de estas palabras, y pasados algunos instantes, volví la cabeza y miré á mi amigo que parecía abstraído.

—¿En qué quedamos? le interrogué volviendo á mi tono habitual.

Pero mi amigo no me contestó.

Miraba al suelo y repetía como si nadie lo oyese:

Si el que hizo el reloj, necesitó tener ojos, el que hizo nuestros ojos ¿cómo pudo estar ciego?

Momentos después, se separó de mí en silencio.

Desde que tuvimos esta conversacion, pasaron algunos meses sin que volviese á verle. Me extrañó que así sucediera y pregunté por él á otro amigo que lo era de los dos.

—Calle V., me dijo, no le conocería V.

—Pues que le pasa.

—No lo sabemos, pero le aseguro á V. que es otro hombre. V. recordará que era algo usurerillo.

—Psi.....

—Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, V. sabe que tenía bastante abandonada á su familia y que á la chita callanda, solía darle algunos palos á su pobre mujer, pues hoy es un modelo de padres y de esposos. En fin, V. sabe que su lengua era un hacha... pues hoy no despliega los labios, sino para decir la verdad y para hacer justicia.

¡Lástima que su cabeza esté algo estraviada!

—¿Como estraviada? ¿Es posible?

—Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

—¿Y que cosas son esas?

—Pues mire V.; dice: *Si el que hizo el reloj, necesitó tener ojos, el que hizo nuestros ojos, ¿cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos vé.*

Ya comprende V. que eso no viene á cuento.

—¡Ah! vamos, pues si no es mas que eso, dé V. un recado á su mujer y dígame de mi parte, que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

—¿Porqué?

—Por que si no, vá á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay ilustraciones que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco, que los verdaderos ciegos, son los que el mundo llama locos. Y los verdaderos sábios, los que el mundo llama ignorantes.

¿Si sería por esto, por lo que Jesucristo echó mano de los ignorantes para salvar al mundo?

LA TABERNA.

No seré yo quien diga que el hombre no deba dedicar algun rato al descanso y á la expansion del espíritu, pero tampoco seré yo quien añada, que esas expansiones hayan de ir á tomarse precisamente en la taberna de enfrente ó en la tienda de la esquina, mezcladas con toda clase de vicios y amenazadas con toda clase de peligros.

Desde que el mundo es mundo, ó mejor dicho, desde que en el mundo hay tabernas, se ha podido decir que las tabernas han sido refugio de pecadores.

En efecto, la taberna ha sido siempre el refugio de todos los tunantes de cada barrio, dicho sea con perdon de los que se creen muy hombres de bien, aunque no lo sean.

Quien lo dude, que entre conmigo en la más próxima, y lance una ojeada por aquel nido de pecados mortales, á ver si se conviene de la verdad de mis palabras.

Lo primero que se echará á la cara, serán unas magníficas tinajas ó toneles muy pintados de ver-

de y muy cubiertos con paños blancos y limpios, adornados de puntillas á guisa de manteles de altar mayor.

Despues... ¡ah! despues ya no hallará nada limpio, sino que por el contrario, tropezará con una tertulia de gentes súcias, tan súcias por fuera como por dentro, que probablemente estarán disputando acaloradamente sobre cosas tan graves como quién será el que pague un cuarto de aguardiente bebido hace hora y media, ó sobre si en un truque jugado hace ocho dias, debió fulano *envidar el resto* y no lo hizo, y otras por el estilo.

Esta clase de cuestiones, á fuerza de empaparse en vino, llegan á veces á hacerse tan importantes, que hay necesidad de resolverlas echando mano á las navajas. Entonces, la casa se pone seria: el tabernero, que ya ha cobrado, empuja á los tertulios, para que si han de matarse, se maten en la calle y la guardia civil ó la policia se encargan de lo demás, recogiendo los productos de la discusion, ya en una camilla, que es conducida al hospital ó al cementerio, ó ya en un *grillete* que con su correspondiente individuo dentro, es encerrado en un calabozo para no salir de él en doce ó catorce años.

El que estas líneas escribe, ha tenido por su profesion, ocasion oportuna para conocer los resultados de la tertulia tabernaria. De cada cien causas criminales, más de la mitad salen de aquellas tinajas de los paños limpios.

Yo no se lo que vale el vino, que parece que siempre está pidiendo sangre. Sobre si tú pagas ó pago yo, ó sobre si yo soy más valiente que tú, rara es la vez que la tertulia de la taberna, no produzca algun delito.

Y á todo esto la familia de aquellos parroquianos, anda rota y miserable por esos mundos de Dios, sin saber qué camino tomar. Habráse visto mayor ceguera.

Si el mosquito de once (pues solo así puede llamarse al que pasa el dia papando las perfumes del mosto) calculáse todo el daño que se hace á sí mismo, á su familia y á la sociedad, llevando esa vida inútil y viciosa, yo aseguro que de la noche á la mañana, rompería para siempre ese lazo maldito que le ata con tanta fuerza á las tinajas de los paños limpios.

Pero si no lo sabe, no faltará quien se lo diga, y ese soy yo.

Lo primero que pierde el parroquiano de la taberna, es el tiempo. Si las horas que pasa junto al tonel hablando necedades y majaderías ó metiéndose en lo que no le importa, las pasara haciendo vancejos, que es el trabajo más pobre de todos los trabajos, es seguro que su familia no se moriría de hambre, ni sus hijos irían con el faldon roto hechos unos perdularios.

Lo segundo que pierde, es el crédito, y si cree que con esto pierde poco, se equivoca, pues en el mundo no hay capital más productivo, que una honra bien sentada.

El que pierde esa honra, si es trabajador, que no espere le llamen los parroquianos, y si tiene necesidad de pedir prestado, que no cuente jamás hallar abierto el bolsillo de quien pudiera socorrerle.

Lo tercero que pierde el vago de taberna, es la paz de su casa, pues ha de ser su mujer una santa, y es imposible sufra en silencio la miseria de sus hijos y el abandono de su marido sin ponerle mala cara ó darle en rostro con su mal proceder. De aquí nacen cada dia mil cuestiones, que el culpable resuelve á garrotazo limpio, sin tener en cuenta que los golpes debiera aplicárselos él, que es el que dá lugar á todo con su mala conducta.

Lo cuarto que pierde el mosquito de profesion, es la salud, pues no es fácil la conserve largos años, un cuerpo que bebe mucho y come poco, y más si se tiene en cuenta, que los vinos de este siglo de la química, llevan todos su correspondiente colorette que vá envenenando al bebedor, sin que él mismo lo advierta.

Tambien pierde en quinto lugar, y aquí acabo aunque pudiera seguir contando, otra cosa muy importante, y es su buena vejez. La vejez del mosquito suele ser fatal. Regularmente suele pasarla mendigando de puerta en puerta y apedreado por los muchachos. Y como quien vive mal no puede morir bien, últimamente dá con su cuerpo en la cama de un hospital para ser luego descuartizado por los estudiantes de medicina.

¡Bonito porvenir!

Y sin embargo ¡aún hay en el mundo vagos de taberna!

Tal vez conteste alguno, lo que aquella beata del cuento—*Somos frigidis*.

Convenido; la debilidad humana es grande, y por tanto, difícil de desarraigar el hábito de la holganza tabernaria. Pero amigo ¿qué cosa buena habrá en el mundo que no cueste trabajo? ¿Qué resolucion noble y hermosa que no cueste sacrificio? Para alcanzar la victoria, preciso es antes combatir, y el enemigo del perezoso y del borracho, es de los más terribles, pues no hay ninguno que resista más al hombre, que su mismo espíritu cuando está viciado y corrompido. Preciso es por tanto, luchar hasta vencer, aprovechando ese valor tan careado junto al mostrador del tabernero, para vencer ese mal espíritu que siempre está presentando la batalla.

Yo aconsejaría á los hijos de Baco que probasen, siquiera por una semana, á cambiar de vida y á gustar el amargo vino del sacrificio, ya que

tanto han gustado el otro de las tinajas verdes. Seguro que aunque los primeros días estuviesen tristes y malhumorados de verse sujetos al trabajo y de pasar los ratos de ocio con su familia, llegaría tiempo, en que la amargura se les convertiría en miel, y la violencia les sería dulce. Tanto es lo que llega á valer para el hombre el sentimiento de su propia nobleza, y lo que le alhaga mirarse en el cristal de su conciencia, cuando ese cristal se ha limpiado á fuerza de sacrificios.

Al que despues de todo, no baste lo dicho, ni basten las lágrimas de su esposa sacrificada, ni el porvenir de sus hijos desgraciados, ni el triste horizonte de su propio fin, á ese sér abyecto y degradado, hay ya que barrerlo con la escoba de la policía y echarlo al basurero social de una casa de correccion.

Si esto se hiciese más á menudo, persiguiendo la vagancia y la embriaguez, otro pelo nos cantaría.

Ahora dirá el lector, parece que se ha olvidado V. de los cafés para echárselo todo á la taberna.

No, amigo mio, no me olvido del café, pues tambien en él se cuecen habas: es decir, tambien en él hay quien se pasa la mitad de la vida haciendo el vagabundo y ocupándose de arreglar la casa ajena, mientras deja que la suya se la lleven los diablos. Tambien hay quien gasta en él lo que necesitaban sus hijos para no llevar la camisa rota, y lo que tal vez necesitaban sus acreedores para no romperle la aldaba de la puerta, pero como este periódico no se escribe para los marqueses del rom, sino para los varones del Aguardiente, hay que prescindir de ese punto para que lo trate quien corresponda.

Entre tanto, lector, pásalo bien y hasta otro día que hablaremos de otras cosillas, echándolas antes un poco de sal y pimienta á fin de que aunque te piquen un poco, no te molesten demasiado.

AL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Salve, celeste amor de los amores,
De verdad y de bien divina fuente
Encauzada en limpísima corriente:
Gloria sin fin á tí, sin fin loores.
Rodeado de purísimos fulgores,
Volcan de caridad viva y ardiente,
Tu corazon en llama asaz potente
Arde comunicando sus ardores.

Regadas sus mejillas por el llanto,
Así el hombre decirte debería:

«Yo te amo, Señor, que eres mi encanto,
Y aún más de lo que te amo te amaria,

Si pudiese el mortal amarte tanto
Como amarte desea el alma mia.

J. R.

HEROISMO CRISTIANO.

Un negro de Newport, llamado Luis Mateo, víctima de la viruela, yacia muerto en su cabaña. En la misma habitacion donde se hallaba el cadáver, se encontraban su mujer y sus dos hijos, ámbos de corta edad, todos invadidos de la misma epidemia; nadie se atrevia á llegarse á la casa, por temor del contagio. A duras penas, un vecino, llamado Julio Noris, se determinó á abrir una fosa no léjos de la cabaña. El reverendo M. Cunane, cura de la iglesia católica de Santa Maria de Newport, el cual visitaba á la desgraciada familia, y habia hecho maravillosos esfuerzos para procurarla los socorros materiales y espirituales que necesitaba, viéndola abandonada de las gentes, se resolvió á dar él mismo sepultura al muerto. A cuyo efecto, sin ayuda de nadie, llevó un ataúd á la casa, colocó en él al muerto, que pesaba mucho, y echando la carga sobre sus hombros, buscó un carreton, donde le depositó, dirigiéndose despues al lugar de la sepultura, en la que enterró el cadáver. Este hecho prueba que no solo hay héroes entre los que ciñen espada.

¡Ca, si esos curas son capaces de cualquier barbaridad!

De «El Obrero Católico.»

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones y cuartos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista puede distribuir por sí, ó bien dejar su distribucion al arbitrio de esta administracion para que la haga en las aldeas, huertas y caseríos.

PRECIOS DE SUSCRICION.

<i>Una accion.</i>	4 pesetas mensuales.
<i>Media id.</i>	2 » «
<i>Un cuarto id.</i>	1 « «

Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además cincuenta céntimos de peseta por accion, por el gasto del correo.

Tip. Seráfica de la provincia de Cartagena.